

Escritura erótica, erótica de la escritura Goce, escritura, vida* ⊗

Pablo Russo

*Escribir. No puedo. Nadie puede. Hay que decirlo: no se puede.
Y se escribe.*

*Lo desconocido que uno lleva en sí mismo: escribir,
eso es lo que se consigue. Eso o nada.*
Marguerite Duras¹

*Se escribe como se desea.
... el amor y la escritura quizás sean lo mismo.*
Eugenia Almeida²

En su bello libro *Letras, poéticas. Lecturas lacanianas* –y muy pertinente para nuestro tema de hoy– Alejandra Eidelberg sostiene que el citado libro de Duras es la plasmación en escritura –y sobre su escribir y su vida, o sobre su vida de escritura– de la interpretación de Lacan –en su “Homenaje...”–: que no sabía lo que había escrito porque si no se perdería y que lo que se escribe por excelencia es la soledad. Y agrega –Eidelberg–: “... hay un vacío inherente a lo femenino que los dichos de Lacan –opacos a su entendimiento– no rellenan, sino que lo bordean y la habilitan a sostenerse en un decir, en ‘que se diga’ sobre ese vacío”.³

Y es precisamente luego de aquel homenaje y con “Lituratierra” donde lacan –que como Freud siempre se nutrió de la literatura y del teatro– comienza a situar a lo escrito –la función de lo escrito– y la escritura –algo que estaba en ciernes desde “Instancia de la letra...”–. Y lo sitúa en el centro de su transmisión, entre inconsciente y real, síntoma y cuerpo, goce y vida. Es posible leer incluso como una orientación para el análisis lo que elogia en Marguerite: “Que la práctica de la letra converja con el uso del inconsciente”.⁴

Agregaría incluso que, contradiciendo a Wittgenstein y dejándose enseñar por Duras, lo que en ese momento de su enseñanza se sostiene o incluso lo que sostiene el pasaje del Otro goce al *sinthome* –y sus enlaces con el cuerpo y la vida– es que *lo que no puede decirse, quizás pueda escribirse*.

Y tal vez podamos pensar a la escritura misma, cuando muerde un real, como “práctica de la letra”, lo que justamente le otorga una delantera y un saber-hacer respecto de los analistas –que no por eso tendrían que dedicarse a escribir ficciones–.

Eugenia Almeida, en el libro del epígrafe, tan bello como inclasificable, en el que define a la escritura tanto como refugio o salvación así como *estar a la intemperie*, una

* Trabajo presentado en el Seminario *Enlaces*, “Eróticas”. Clase “Escritura erótica, erótica de la escritura”, 29 de mayo de 2023.

⊗ En la edición impresa de *Enlaces* n.º 29 continúa esta Sección donde encontrará los siguientes textos: “Lacan: el amor a la feminidad” de Eric Laurent, “D. H. Lawrence: el inicio de una erótica femenina para ambos sexos” de Mónica Torres, “Erotomanías” de Natalia Fernández Stocco, “Nadie como Nadia, ni como Olga, ni como...” de Valentina Minieri, “Un punto que no es como los demás” de Graciela Schnitzer y “Algunas puntuaciones sobre el tiempo, el lapso y la distancia” de María Leonor Solimano.

soledad preciosa, una locura sin dolor,⁵ cuenta que va a ver a un analista por un punto de detención en su escritura –quizás más de abismo que de vacío–, y que ni bien pudo dirigirle con su decir que no podía escribir, la escritura volvió. En la última sesión de ese tramo de análisis –unos pocos meses– termina de escribir una novela –la primera, que además ganará un premio y le permitirá despegar como escritora–. Lo cuenta así: “La búsqueda terminó [...] al mismo tiempo que la novela. Fue extraño decir, en la misma sesión, que había encontrado lo que buscaba y que el libro estaba terminado”.⁶

Sobre lo inclasificable de su libro –aun sosteniendo que tomaremos escritos “autobiográficos”–, que ella organiza como su *alfabeto de silencio*, diría que son lecturas, experiencias, pequeños relatos, recuerdos o citas, retazos en ocasiones casi poesías, que –no pudiéndolo encerrar en ficción ni ensayo ni novela ni cuento ...– sería, como dice la contratapa (tal vez escrita por Juan Forn): “Un alfabeto personal, que procura hallar el sentido de la escritura en un enjambre de historias que se conectan con su vida a través de pasadizos secretos. (... iluminando) el territorio de donde surge una voluntad de escribir sostenida en el vacío como una fuerza ciega o una piedra que flota en el agua”.

No estaría a mi alcance situar cuándo, ni aproximadamente, dentro de la modernidad Occidental y seguramente provocadas por Virginia Woolf –explícitamente en *Un cuarto propio*–, las escritoras mujeres o ciertas letras producto de ciertas posiciones femeninas, comenzaron más que a sostener en sus creaciones lo que se llamó el relato íntimo o psicológico –que ya tenía grandes iniciadores, como Proust– sino más precisamente a incluir su vida y sus experiencias –de goce– en sus obras. La llamada “autobiografía” o los escritos auto-biográficos, según pude buscar, datan de finales del siglo XVIII, pero que más bien el relato íntimo, en primera persona, ficcionado y escrito sobre experiencias de goce por parte de mujeres –no es fácil ubicarlo con precisión, pero– no tendría mucho que ver con aquellos y no iría mucho más atrás del siglo pasado (y seguramente se habrá desarrollado y perfeccionado en la postguerra y con la paulatina “liberación” de las mujeres). Más que un producto o una consecuencia, quizás representen un residuo disonante o contracultural del cada vez más masificante liberalismo individualista.

Hay algunos trazos que nos sirven de antecedentes aun en el psicoanálisis y en nuestro seminario. Se puede retomar lo que planteaba Eric Laurent al final de “Un sofisma de amor cortés” poniendo en el centro justamente a Duras y lo que llama “la materia misma de su vida erótica”, sobre la función y vocación de lo que llama la novela contemporánea que “... no tiene como función alimentar la ficción, tiene la vocación de hacer reconocer este irreductible en las historias de deseo actuales”.⁷

Debemos introducir –o agregar– la *diferencia* que imprimiría que la *carta de amor* sea escrita por una mujer –en tanto escrito que desde el cuerpo se dirigiría a amar (*al amar*, al verbo y mientras se ama, o a-la-mar) y a amar a lo Otro, y que tal vez haría que el goce condescienda al deseo. Actualizando entonces por esa vía tanto lo femenino y la escritura en la última enseñanza de Lacan así como desde la lectura de Eric Laurent –no especialmente reciente–, en la función que puede tener lo femenino en “un mundo donde hablar ya no quiere decir nada” (y las respuestas de certezas por la ciencia y el odio) desde el artículo de Dominique Laurent de la *Enlaces* 26 –“Una habitación propia femenina”–, para interrogarnos cómo leer las escrituras “testimoniales” de estas mujeres o de escritoras más cercanas para ver si nos orientan a pensar algo más o algo nuevo sobre la/s erótica/s.

Tal vez lo difuso o mítico del origen de este “tipo” de “escrituras” y de mujeres contenga una cierta pertinencia o coherencia. Entiendo que no nos servirían para la erótica que buscamos, aun tratándose supuestamente de “mujeres”, ni Anaïs Nin ni Christiane Angot, una más cerca de Joyce y Duras, la segunda más de nuestro tiempo, porque sus

“erotismos” –si es que se los puede llamar así desde lo que buscamos como erótica *no-toda* y *singular*– están jugados con el padre –por no decir directamente con el incesto–. Quizás debamos recordar que Lacan toma al final del *El Seminario 4* a Françoise Sagan – justamente cuando se anticipa a la caída del padre y de la virilidad–, y que si bien sus ficciones no eran ni explícita ni declaradamente autobiográficas (aunque sí con cierto sesgo feminista) tal vez también contribuyó –con Duras– a cierta “autorización” de las mujeres a escribir, y sobre sus experiencias de vida/goce.

Está también el camino que hemos ido recorriendo aquí –en el seminario–: ya ha tomado a la literatura Mónica Torres con *El amante de Lady Chatterley* de D. H. Lawrence –en ese caso un hombre que en esa ficción sabía escribir algo de lo femenino, de “esa” erótica.⁸ Y en el encuentro pasado Viviana Bega⁹ tomó unos relatos muy bellos y –en esto acuerdo más bien con ella– *bien eróticos* de Anne Carson.¹⁰

En ese marco y por mi parte o en mi recorrido –siempre intento sostener uno–, había tomado antes el duelo por el amor en *La invención de los mamíferos* –de Julián López y de enorme belleza en su “escribir al-amar”– y el testimonio de usar y transformar la erótica, vía un análisis, en y por la escritura, en *El viaje inútil* –de Camila Sosa Villada y de la misma colección “Escribir”–. Y ya en el trabajo reciente, sobre “Invenciones en la sexuación” (2020 y 2021) y contrastándolo con la actualidad de la familia (en 2022) he tomado, como si de testimonios se tratase sobre la función vital de la escritura, el bello *En la tierra somos fugazmente grandiosos* (de Ocean Vuong) respecto de la diferencia entre la lengua materna y *lalengua*, o la ficcionalización de los testimonios de Marcus André Vieira, junto con otra perla de la misma colección –que tomo hoy, “Escribir”–, *Cómo me hice viernes*, de Juan Forn, para pensar “lo que queda de la familia –al final del análisis–”¹¹

Si bien varios de los mencionados distinguidos por el significante como ‘varones’ quizás tengan y especialmente en su escritura testimonial o de invención una posición bastante femenina, tomen como materia sus vidas, e incluso tal vez cuenten cosas aparentemente más eróticas, tomo hoy y en la búsqueda de este año, esta joya de Almeida –andaba esperando la ocasión para hacerlo– pues, y especialmente por no contar mucho de su vida “personal” o “amorosa”, siendo poéticamente autobiográfica o aun testimonial, es especialmente singular y femenina y por todo ello muy vital, ¿es entonces “erótica”?

Quiero subrayar además, en este camino, que el movimiento del goce femenino al *sinthome* o al *enlace*, de escritura, entre el “goce como tal” y la letra, continúa un viraje en la posición de Lacan: de renovar a dejarse enseñar, de la ambición temprana de “renovar la crítica literaria” (en *Los complejos familiares...*) a que el artista nos desbroce el camino.

Y, en esta orientación, pudimos comenzar a releer de otro modo y dejarnos enseñar, con el último Lacan y algunos otros, por este estilo de obras que se han preservado de convertirse en *best-sellers*, escrituras (fccionales) autobiográficas (lo que no quiere decir bio-drama o autoficción ni, mucho menos, literatura del yo) y ¡encima de mujeres!, y que de principio nada tienen que ver con lo que se ha llamado “literatura erótica”.

Pero pueden además tener –estas “escrituras”, más o menos poéticas– otro valor excepcional si pensamos en los efectos del arte en lo social o cultural. Dominique Laurent ubica así a la literatura como “comentario continuo de la civilización” en tanto “toma lo que escapa, lo que no puede entrar en ninguna categoría [...] cierne la manera en que la época vive la pulsión”. Tomar a un Becket es lo que permitiría “hacer captar el acoplamiento problemático del lenguaje al cuerpo viviente, de una palabra escandalosamente fuera de sentido, vacía [...] hasta el silencio”. Y le siguió una “exploración de lo vano del lenguaje en un murmullo continuo de la lengua”.¹²

Es en el desarrollo de ese tipo de escritura que se ubican las ficciones que Virginia Notenson tomará en sus viñetas para y por un sesgo preciso, ofrecernos una ilustración de este cruce –“femenino”– por el cual, en cierto modo, se logra hacer de rasgos fundamentales de goce y experiencias que han dejado huella de/en la vida, letra. Pero además producir con ello una obra que no solo ficcionaliza dicho cruce –estetización del síntoma, seguramente en Duras y arriesgaré, en este librito de Almeida– sino que nos enseña sobre la función de la escritura, y en todo ello podría/n habitar cierta/s erótica/s. Así nos interrogamos desde los textos y como llevarlos a un título que nos permita poder tomar diversos sentidos y vertientes, pero apuntando sobre todo a la posibilidad de pensar una erótica *en* la escritura misma.

Annie Ernaux, en *Pura pasión*, lo dice sin ambages ni tapujos: “la literatura debería tender a [...] esta impresión que provoca la escena del acto sexual, a esta angustia y a este estupor, a una suspensión del juicio moral”.¹³

La hipótesis general sería que habría un erotismo, femenino o un “modo” femenino de vivir una cierta “erótica”, en ciertas escrituras –casi “testimoniales”–, y que va más allá de que hablen del encuentro erótico-amoroso entre dos cuerpos, y que eso podría enseñarnos algo más o nuevo sobre la dimensión de una erótica –que en el seminario venimos definiendo directamente como más allá del falo-padre-fantasma–. Y que –dicha erótica– podría residir, y especialmente si se trata de una escritora mujer, en el saber-hacer con *lalengua* para escribir tal tipo de ficciones –y “autobiográficas”, en tanto dicen sobre sus “acontecimientos” o marcas/letras–, dando cuenta del goce de la vida que se pone en juego en dicho “escribir”, en tanto lo más singular o sínt(h)oma de dicho/a autor/a, aun –como en el caso del librito de Eugenia Almeida– cuando las ficciones que produzcan no cuenten explícitamente algo que habitualmente o desde el discurso común podríamos llamar de “erótico”.

Es con esa hipótesis que vuelvo a esta obra que deseaba tomar –y provocar su lectura– y no solo por su belleza sino porque –sin contar mucho de su vida ni, aún menos, reitero, que lo sensual o erótico refieran a encuentros concretos del cuerpo con otro cuerpo– me parece que desborda erótica, en lo que la escritura nos impacta no solo por el goce estético sino por su litoral íntimo con el cuerpo y el goce; pudiendo producir un efecto erótico –amor, goce sexual y vida– en el cuerpo. Más bien, me parece, testimonia de su modo singular –y por lo tanto ¿femenino?– de hacer de la escritura su erótica. Posibilidad de que la erótica se realice en la escritura (que llamamos un poco sucintamente “erótica de la escritura”) y no como un fantasma ni como una solución sintomática.

¿Quizás –me anticipo a lxs colegas y amigos que me siguen en este encuentro– podamos con la lectura que hará Virginia, ubicar en estas ficciones de Annie Ernaux un hacer de la avidez pulsional, erótica de la escritura?

Así por su parte testimonia Almeida sobre lo que sería la escritura: “Gastar el lenguaje. Frotarlo. Hacer que pierda su primera capa [...] que abandone la correspondencia inmediata. La previsible. [...] la ingenuidad de nombrar las cosas en base a la referencia [...] Repetirla en voz alta hasta que sea solo un sonido vacío de significado. Seguir [...] Soportar esa zozobra frente al sinsentido [...] Soportar ese vacío y esperar que llegue un sentido nuevo, algo que sí está en las letras [...] Un sentido que evidencia el sinsentido [...] la trastienda de la lengua [...] el mecanismo secreto [...] Gastar [...] todo aquello que apunte a lo familiar. Desarmarlo, ver de qué está hecho, poner esos fragmentos sobre la mesa y soportar un tiempo de vacío. Solo cuando se ha atravesado eso, la escritura puede decir algo propio”.¹⁴

O como: “El gesto salvaje de entregarse a la certeza de que nada puede ser dicho. Lo que quisiéramos nombrar no está en la órbita del lenguaje. Está en otro lado. [...] Lo Enlaces on-line N°29 – Septiembre 2023

que se dice y lo que no puede ser dicho; lo inscripto y lo innombrable; la voluntad de abandonar toda voluntad; lo que se tiene y aquello de lo que se carece. Todo está en juego. Lo que falta, lo inalcanzable, el núcleo de nuestra carencia”.¹⁵

O bien: “Un modo silencioso de hablar en voz alta. Algo liberados de la necesidad de hacernos entender, recuperando el puro sonido de la voz, lo que puede ser llanto o risa o gemido pero que, en el silencio, se vuelve un dibujo que se convierte en letra”.¹⁶

Si buscamos en los Seminarios establecidos en los que Lacan nos enseña, el primero, sobre unas lógicas respecto del goce (y en particular del goce sexual) diversas a las fálicas y del Uno del padre, unificante, en tanto Otras, abiertas, excepcionales cada vez en tanto no disponen de Una excepción que garantice ningún universal ni homogeneidad, en un litoral con lo sin-límite, con lo imposible, con el agujero; y, el segundo, sobre la escritura del *sinthome* en tanto nominación para un goce sin sentido... Me refiero, como habrán advertido, al camino que va de los *Seminarios* 20 al 23, y podemos volver a declinar una idea que solté al comienzo del siguiente modo: lo femenino en tanto imposible de decir (y el goce que puede experimentar –como Otredad– un cuerpo en cierto no-todo de una posición que llamamos “femenina”) puede permitir que contingentemente se escriba un vacío, un “no hay”: que de un modo único e irrepetible se escriba que no hay proporción sexual entre los seres hablantes. Y que es precisamente eso lo que le permitirá a Lacan pasar a pensar la orientación del análisis hacia la posibilidad singular, necesaria mientras funcione, de escribir una letra que nomine –y desde su *lalengua*, por un forzamiento de la lengua– el goce innombrable y sin un sentido semblante; que se escriba algo de *lo que no cesa de no escribirse*.

Avanzar del uso de la letra o la función de lo escrito –ya para el psicoanálisis como lógica de lo real– para situar como el uno se las arregla con el *no hay*, a la escritura del ego –especialmente en Joyce– o del *sinthome* singular. Si la experiencia de goce suele ser a-sexuada –fálica– o sin sentido, la nominación (en cierto sentido escritura) que produce dicho *sinthome* permitiría pensar que –además del Nombre del Padre– el amor puede no ser la única suplencia. Y creo que todo este boceto o hipótesis de lectura sobre la erótica de la escritura hay que cruzarla o leerla con el texto de Eric Laurent –de *Freudiana* 93– “Goce - escritura”, que entiendo Aníbal Leserre tomará.

Finalmente, sería en estas lecturas –que les propongo– que si la *letra* condensa cuerpo, goce, vida y escritura, tal vez algunos artistas, y más aún si escriben –digamos– poniendo en ello el cuerpo como una mujer, y más aún si ficcionalizan experiencias de goce y vida no solo singulares sino que les han marcado –por lo cual probablemente no sean lxs mismos luego del acto de escritura–, y en esa misma creación nos enseñan sobre la escritura misma, tal vez las obras de tales artistas nos enseñen sobre las eróticas del *más allá...* o del *no hay*, de lo imposible de decir o escribir –aun si conllevan un deseo de “que se escriba”–: voces que resuenan en el silencio, deseos como rocas que flotan.

Notas

¹ Duras, M., *Escribir*, Tusquets, Bs. As., 2022, pp. 54-55.

² Almeida, E., *Inundación. El lenguaje del que estamos hechos*, DocumentA/Escénicas, Córdoba, 2019, pp. 83 y 111.

³ Eidelberg, A., *Letras, poéticas. Lecturas lacanianas*, Tres Haches, Bs. As., 2014, p. 19.

⁴ Lacan, J., “Homenaje a Marguerite Duras, por *El arrobamiento de Lol V. Stein*”, *Otros escritos*, Paidós, Bs. As., p. 211.

⁵ Almeida, E., *Inundación...*, óp. cit., 2019, pp. 100 y 85.

⁶ *Ibid.*, p. 113.

- ⁷ Laurent, E., “Un sofisma del amor cortés”, *El psicoanálisis y la elección de las mujeres*, Tres Haches, Bs. As., pp. 150 y 154.
- ⁸ Torres, M., “D. H. Lawrence: el inicio de una erótica femenina para ambos sexos”, publicado en la edición impresa de *Enlaces 29*.
- ⁹ Bega, V., “Cartografía de una erótica”, publicado en esta edición de Lecturas *on-line* de *Enlaces 29*.
- ¹⁰ Carson, A., *Solo por la emoción. Un ensayo sobre las diferencias entre mujeres y hombres*, Bikini Ninja, Ciudad del Este, 2022.
- ¹¹ Russo, P., “Marcas, restos, vacíos. Nuevos espacios –vivibles– del ‘entre’”, publicado en la edición impresa *Enlaces 29*.
- ¹² Laurent, D., “Una habitación propia femenina”, *Enlaces*, n.º 26, Grama, Bs. As., septiembre de 2020, p. 41.
- ¹³ Ernaux, A., *Pura pasión*, Tusquets, Bs. As., 2022, p. 12
- ¹⁴ Almeida, E., *Inundación...*, óp. cit., p. 64.
- ¹⁵ *Ibid.*, pp. 108-109.
- ¹⁶ *Ibid.*, p. 40.